

Crisanto Sáenz de la Calzada (1875 - 1952)

Por Julio Rodríguez Angulo



Suele decirse que recordar es revivir lo pasado, evocar lo que fue; no con el propósito de ver las cosas proyectadas en la lejanía del tiempo, sino con la actitud inteligente del que trata de actualizar lo que ya es historia o hecho consumado, para redimir del olvido a personas y acciones que merecen ser recordadas, para edificación e ilustración del presente fugaz.

El recuerdo, cuando no es mera nostalgia, es, en cierto modo, continuidad y presencia actuante y ejemplarizadora. No podemos vivir desvinculados de lo que es ya historia. Vivimos de las vinculaciones creadas. La historia es lección fecunda y cotidiana que nos da la interpretación del hombre y nos descubre, en lo posible, la mecánica de los acontecimientos humanos profesionales.

Los hombres somos sensibles a la gratitud. Esta se sostiene y estimula por el recuerdo. En cambio la ingratitud, que es un pecado capital, y una de las más tristes miserias del hombre, se nutre de olvidos y de ausencia.

El recuerdo de nuestros mejores es vida y acrecentamiento. Los hombres y las profesiones que carecen de memoria están condenados a morir de frío, que es el olvido. De ahí, el singular interés, la seducción que tiene la iniciativa de hacer este libro de "Semblanzas" de estas personalidades veterinarias que son, en realidad, el fundamento de la gran historia profesional.

Para hacer la historia profesional no se podía prescindir de estos libros de biografías plenos de historia y de vida, y de verdades omitidas, por sectarismo u olvido voluntario.

A lo largo y a lo ancho de este libro de "Semblanzas", dotado por la generosidad y el entusiasmo de sus iniciadores, se podrá reconstruir la historia y la anécdota de tantas cosas y hombres recordados, de tanta vida e historia incorporados al mundo de la cultura profesional y que incansables en la gratitud, en la fe, en la amistad, constituirán y perpetuarán el recuerdo de personalidades de conducta ejemplar y significativa.

D. Crisanto Sáenz de la Calzada fue un veterinario de importancia fascinante en la historia profesional. Llegó a representar los valores humanos y profesionales y fue un arquetipo único, irrepetible, cuya importancia conviene estudiar dentro del fenómeno ideológico de la Veterinaria de entonces en España.

¿Cómo llega a la profesión y a identificarse con ella?

Nació Sáenz de la Calzada (D. Crisanto) el 25 de Octubre de 1875, en Lagunilla, pequeño y modesto pueblo de la provincia de Logroño. Su infancia, transcurrida en el seno de una familia humilde, demuestra que ninguna cosa le fue dada gratuitamente. Casi un niño, ingresó

en el Seminario Conciliar de Logroño, donde pronto se distinguió por su inteligencia y sus dotes humanas, que tantos amigos y afectos le proporcionarían a lo largo de su fecunda vida. Allí alcanzó una amplia cultura, incluido el conocimiento del latín, que tanto le ayudaría después. Permaneció en el Seminario durante once años, para buscar luego su auténtica vocación en la vida.

En Septiembre del año 1897, se trasladó a Zaragoza, donde decidió estudiar la carrera de Veterinaria. Para costearla ejerció el periodismo, formando parte de la redacción de "El Noticiero". Fue Presidente de la Junta de Estudiantes lo que le permitió conocer a los maestros de aquella época zaragozana y establecer relaciones de amistad con figuras tales como el Dr. Royo Villanova, D. Inocencio Giménez, D. Severino Aznar, D. Santiago y D. Pedro Ramón y Cajal. Dr. Agustín Allue y tantos más que forzosamente tenemos que omitir y que le ayudaron con sus consejos y honraron con su amistad.

Terminada brillantemente la carrera, ganó por oposición la plaza del Matadero de Zaragoza, lo que ya le permitió contraer matrimonio con Doña Pilar Gorostiza Irigoyen, de Labranza, pequeño y bello pueblo alavés próximo a Logroño, de la que tuvo siete hijos, cinco varones y dos hembras, que le sobreviven.

En el año 1907 se convocaron las oposiciones a la Cátedra de Fisiología de la Universidad de Santiago de Compostela, a las que acudió; tras unos brillantes ejercicios y contra lo previsto, ganó la plaza y se trasladó a Santiago, para tomar posesión de ella. Dos años después, quedó libre el mismo puesto en la Escuela de León, y allí fue trasladado y allí vivió hasta su muerte ocurrida el 10 de septiembre de 1952.

En la Escuela de Veterinaria (desde hace años Facultad) inició y dirigió a un crecidísimo número de alumnos que tanto le quisieron y admiraron. De él se ha dicho que como Catedrático se distinguió por su clara y sencilla expresión y por el trato individual que supo tener con sus alumnos, que tantas veces le acompañaban hasta su casa. Su comprensión y bondad se reflejan, entre otras cosas, en su magnanimidad en los exámenes. Bien es verdad que,

por el trato diario que con sus alumnos tenía y por sus claras lecciones, éstos merecían el aprobado que les era otorgado; pero si alguno fallaba, también pasaba. Sobre los exámenes de D. Crisanto, así le llamaban afectuosamente sus discípulos y amigos, para salvar a los examinados hay abundantes anécdotas, todas ellas impregnadas de humanidad y de bondad.

La familia aún recuerda la visita afectuosa de sus alumnos, cada año el día de su santo y cómo, para darles mayor libertad, D. Crisanto les dejaba solos ante una bien surtida mesa; y recuerda la familia los regalos entrañables con que ellos le obsequiaban, algunos de los cuales se conservan.

Al margen de su función docente ejerció distintos cargos, como el de Presidente de la Diputación Provincial de León y en el año 1933 el de Director General de Ganadería en Madrid. También regentó durante algún tiempo la Subsecretaría del Ministerio de Agricultura.

Otra faceta obligada en un recuerdo de D. Crisanto, es la de Odontólogo, que con tanto éxito ejerció también en León. Por necesidades familiares y dada la escasa paga de Catedrático, cuando tenía 35 años decidió hacerse dentista. Estudió tanto y con tan gran aprovechamiento que en cuatro convocatorias —dos de Junio y dos de septiembre— hizo el bachillerato, los años de Medicina y los de Odontología.

Parejos a su actividad docente se desenvuelven sus trabajos de investigación, dados a conocer en sus numerosas publicaciones: "La secreción láctea y los medios de aumentarla", "Estudios sobre la producción de úlceras gastrointestinales en el perro tras la derivación duodenal", "Enfermedades quirúrgicas bucales de los animales domésticos", etc., etc., trabajos, algunos de ellos, en colaboración con su hijo Isaac Sáenz de la Calzada, hoy prestigioso Catedrático de la Facultad de Medicina y Escuela de Estomatología de Madrid.

¿Qué nos da el conocimiento de su vida? En D. Crisanto Sáenz de la Calzada tenemos el testimonio más importante de una profesión ejemplar. Todo en su vida tuvo una motivación profesional.

LA PROFESION HUMANIZADA

Resulta muy difícil juzgar a alguien, que convive o ha convivido con nosotros, sin dejarse arrastrar por la corriente cómoda de la crítica o de la pasión. Con frecuencia nuestra opinión no es otra que la del ambiente, o es fruto del afecto o de la animadversión.

Desde luego, no oculto que he sentido por D. Crisanto una gran admiración, una gran simpatía y respeto. Estoy sinceramente reconocido a todas sus enseñanzas y consejos. No obstante creo que escribo con objetividad, aunque resulte difícil esta semblanza. Es humilde mi pluma y cualquiera lo hubiera hecho mejor, pero es un honor para mí referirme a la figura de Sáenz de la Calzada precisamente ahora, cuando ha desaparecido.

Será la distancia, en el tiempo o en el espacio, la que nos ofrecerá una perspectiva real y diáfana de los acontecimientos de los hombres. La proximidad es, en muchos casos, un impedimento para que nuestros sentidos capten la nitidez del contorno, porque nos atraen más los detalles y un inconveniente para que la razón pueda elaborar un juicio certero, puesto que las premisas son demasiado parciales, no poseen el carácter de universalidad necesario para que la conclusión se manifieste válida e indiscutible. La Historia, en definitiva, desde la atalaya de los años aprecia y sanciona con objetividad.

¡Cuántos hombres, ignorados en su tiempo, atacados o menospreciados, hasta perseguidos, han cobrado grandeza alcanzando el puesto que justamente les corresponde!

La armoniosa y serena figura profesional que me propongo bosquejar, concentra en sí, en algún modo, esa vehemente aspiración de sus contemporáneos, aunque dominándola con un sosiego magistral.

Perteneciente a la generación guerrera y romántica, a la vez, aquella generación gloriosa, cuyo magisterio intelectual, en los primeros pasos, fue compartido por dos grandes personalidades dirigentes que tendieron a orientar en opuestos sentidos a la profesión sobre la que ejercieron gran influencia, y cuya juventud recibió de ellas, sobre todo de una, la inspiración

de su propaganda con distintos ideales de reorganización profesional.

Tocó a García Izcara dar voz a la severa y conservadora autoridad del clasicismo en que estaba modelada en aquella época la profesión. Gordón Ordás alentó con la prédica y el ejemplo, la libertad, y la renovación de las ideas que se tenían de la profesión y de su gobierno, el pensamiento de una nueva y emancipada profesión.

Sáenz de la Calzada representa, entre ambas posiciones profesionales, el término de transición. Mientras que, por una parte, mantiene cierta amistad con la antigua y complaciente concepción profesional, lo acrisolado y persistente de su cultura y ciertas afinidades de su espíritu, por la otra, fue un principal cooperador en los propósitos de libertad y de verdad que despertaba el impulso revolucionario.

Por eso en su recuerdo reviven el color y el alma de un glorioso pasado, auténticamente veterinario, y se identifica su existencia con la de aquella generación viril y luminosa que, nacida, como promogénita de la libertad, llegó a la vida pública cuando se desplegaban las divisas de un porvenir profesional de lucha, y modeló su espíritu en las inspiraciones de la revolución veterinaria que empezó Gordón: generación sobre la que ya es posible fijar las vistas serenas de la historia y que deja tendidas sus más nobles personificaciones a lo largo del tiempo, como grupo de bronce que empieza a revestirse a los ojos de la posteridad, del tono luciente y realizador de la pátina.

No fue Sáenz de la Calzada el primero en anunciar la presencia de su generación en el campo de la actividad profesional. La iniciativa de reforma y de emancipación profesional, que parte, como anuncio de una época nueva, del seno de la juventud congregada por Gordón Ordás, fue incorporada por él a sus sentimientos y al convencimiento de que la Veterinaria merecía una reforma política y profesional. Fue Sáenz de la Calzada un principal cooperador en los propósitos de libertad y de verdad que despertaba el impulso revolucionario, a cuyo desenvolvimiento asistió, si no con la pasión necesaria, con interés asimilador y benévola amplitud.

No han faltado quienes atribuyeran a Sáenz

de la Calzada, en el movimiento de ideas profesionales de su tiempo, el papel de un clásico rezagado y vergonzante; pero lo cierto es que, el sentido de su conducta y de su obra, le aproximaban mucho más a la fe nueva que a los viejos moldes. D. Crisanto era una naturaleza de crítico, en cuanto esta palabra expresa, esencialmente, una idea de simpatía y no de resistencia; de solidaridad de la imaginación, antes que de frío análisis. Por eso hay en la mayor parte de sus juicios una seguridad que ha respetado el tiempo, y por eso, también su figura es, mejor que cualquier otra el centro a donde transportarse para abarcar el cuadro profesional de su época que él consideró con esa visión amplia y serena que anticipa, sobre las pasiones de los contemporáneos, la mirada de la posteridad.

Una de las impresiones más altas de respeto que yo haya experimentado en mi vida, es la que produce cierto linaje de espíritu —seguramente, muy raros, y aún más que raros, difíciles de conocer— sin haber llegado a su más escogida intimidad; cierto linaje de espíritu que une al sentimiento infalible, perfecto, aristocrático, el absoluto desinterés con que profesan calladamente su culto, inmunes de todo estímulo de vanidad, de todo propósito de crítica o de producción, de toda codicia simoníaca de fama. Son la compensación de la vulgaridad triunfante y ruidosa; del alarde inferior; del abominable *Snobismo*. Salvan, en el puerto abrigado y tranquilo de su piadosa memoria, nombres y obras que la injusticia o la indolencia de una época han condenado al olvido común. Para ellos no tiene curso la mentira acuñada en moneda falsa de renombre y gloria. Pasan por la vida en una apariencia indiferente, acaso vulgar.

¿Dudas de que existen almas así?

...Yo he llegado a conocer algunas, después de conocer sólo la opaca apariencia que me las velaba. Y desde que las descubrí, su presencia o su recuerdo me domina y me subyuga con el sentimiento de una superioridad que no reconozco, tan imperiosa y tan alta calidad, ni en el profesional que mas admire ni en la sabiduría magistral que más respeto me infunda. Porque esas almas —entre las cuales incluyo a D. Crisanto Sáenz de la Calzada— de silencio celeste, son las únicas que me han dado la completa in-

tuición de cuanto hay de vulgar y mezquino en esta brega por la notoriedad, en este sensualismo de la admiración y del aplauso, grosera liga que mezclamos nosotros, los de la comedia personal, al oro de idealidad del amor profesional.

Al escribir sobre D. Crisanto Sáenz de la Calzada, mi corazón —aún más que mi mente— adquiere una memoria singular y se estremece de recuerdos.

Cuando, hace de esto ya muchos años, conocí en su cátedra de Fisiología de la Escuela de Veterinaria de León a D. Crisanto, lo que me resultó más atrayente de su personalidad fue, sin duda, la vocación inquebrantable y el amor que en todo momento, manifestaba hacia su profesión, a través de sus claras explicaciones o mediante sus observaciones, tan agudas, en la conversación amistosa, que tanto gustaba cultivar con sus alumnos. De sus palabras trascendía una tremenda preocupación por los problemas profesionales, hasta el extremo de que, oyéndole, se comprende, ahora, que de aquella Escuela saliesen los veterinarios con más espíritu profesional insobornable.

Para nosotros, sus discípulos, además de fuente de conocimiento fue un ejemplo humano digno de ser seguido.

Ha hecho ya 50 años que ingresé como estudiante en la Escuela de Veterinaria de León. Profesores y alumnos de entonces, la inmensa mayoría muertos, resucitan hoy en estos recuerdos míos. D. Crisanto era, indudablemente, el predilecto de todos. Entre los demás profesores puede que los hubiera más sabios, pero ellos eran nuestros profesores y D. Crisanto era nuestro maestro, nuestro confidente.

Y esto, en verdad, era, Maestro, amigo, confidente. D. Crisanto llenaba nuestra vida de adolescentes, compartía nuestras inquietudes, nos aconsejaba en nuestras ilusiones de hombres. Todos le queríamos. Su conducta y su prestigio personal ejercían en nosotros gran influencia y nos deleitaba con su charla y con sus rasgos de humor.

El humor de D. Crisanto era inherente a su personalidad. Un humor sano, alegre, incapaz de dañar a nadie.

Yo quiero resaltar aquí, uno de los aspectos

de D. Crisanto Sáenz de la Calzada; su generosidad sin límites. Generosidad que le brotaba en todas las ocasiones, en todos los momentos de su fecunda existencia. Generosidad para perdonar agravios, para disculpar mezquindades, para ensalzar talentos, para congratularse de los triunfos ajenos, para felicitar a los venturosos y unir su corazón al de los desgraciados.

Cuando entraba en la Escuela de Veterinaria, en su clase, parecía que subía la temperatura, (en aquél frío León), la tensión, la vida y la tranquilidad, aunque inclusive su supiese la lección el alumno a quien preguntase. Su carácter, abierto y cordial, encerraba una entrañable generosidad y repartió más bien que ningún profesional contemporáneo. Era D. Crisanto, como se ha dicho de Marañón, un lujo para la Profesión.

Profesor querido por todos sus discípulos, sirvió para difundir simpatía y generosidad y mantener verticalmente una afirmación moral de rectitud, de honestidad y de hidalguía. Insertado absolutamente en el pesimismo estimulante y creador de la nueva Veterinaria, al hilo del planteamiento exigente de esta generación, está todo en él impregnado de reflexión amorosa "amamos a la Veterinaria porque no nos gusta". Pero D. Crisanto, como los veterinarios de su época, de aquella época de ilusión y de esperanza, tonifica el apotegma: Ama a la Veterinaria, "porque le gusta": le gusta, y es partidario incondicional de la campaña emprendida por Górdón en favor de una Veterinaria prestigiosa y científica, le gusta la tertulia de la "Granja El Henar", porque en ella se habla de independencia sin retórica, de evolución profesional, sin rupturas ni retrocesos, de "patriotismo profesional sin patrioterismo".

Unía a sus excepcionales cualidades como profesional de la Veterinaria, una dimensión humana avalada por su cordialidad y sus amenísimas dotes de conversador, siempre abierto a todos los problemas intelectuales y a todas las manifestaciones vitales. Y, sobre todos sus títulos y honores, poseía el don de ser el mejor amigo de todos sus amigos.

Yo creo que el principal elemento de la técnica de un profesional y de su vida misma, es el diálogo. Sus perfiles humanos, su carácter, el

interés, el donaire, la ternura, la amenidad, la emoción y el dolor y la alegría; las expresiones más excelsas de su amor y de su simpatía, dependían de su disposición para el diálogo. Fue D. Crisanto Sáenz de la Calzada, maestro de la cátedra porque lo era del diálogo. Y en la realidad de su vida, desdeñó lo mucho que la vida tiene de rastrero, pesimista y oscuro.

Lo indudable es que D. Crisanto no era hombre de elocuencia al estilo clásico; no había en su tipo de oratoria galas retóricas, ni elegancias teatrales, ni había tampoco desmelenamientos y vociferaciones. Estilo conversativo equivalente a naturalidad, sencillez y espontaneidad; a razonamiento desnudo de oropeles y altisonancias, sin guirnalda de humo, que hagan pasar de contrabando los sofismas. Caben sí, las ironías buidas —de las que D. Crisanto era maestro— y los golpes de humorismo que arrancan una sonrisa de los rostros de los graves varones que escuchan. Chapuzarse en una lección, en un discurso, de tono conversativo, después de las estridencias de la oratoria de alta voz que imperaba en la mayoría, resulta una delicia para los nervios, un descanso para los tímpanos y un desentumecimiento para el cerebro.

Dotado de todos los refinamientos y de todas las exquisiteces de una naturaleza de superior calidad, completada por la educación y por los hábitos de sociabilidad, tenía, al propio tiempo, la sencillez y la llaneza de un hombre del pueblo, y su don de simpatía se comunicaba a los pequeños y a los grandes, a los poderosos y a los humildes. Era un espíritu admirablemente organizado para ser dichoso, porque llevaba la condición de la felicidad, en sí mismo; en su despreocupación infantil, en su placidez, en su optimismo, en su benevolencia.

El nombre de D. Crisanto Sáenz de la Calzada vivirá con nosotros mientras quede en la tierra un rastro de interés por la cultura y por los deleites superiores del espíritu. Su actividad continúa y entusiástica en la propaganda de lo selecto, de lo desinteresado, bastaría para asegurarle la perennidad del recuerdo, porque esa propaganda tiene, en profesiones como la nuestra, toda la significación de un Evangelio, casi siempre mal comprendido y mal agradecido, pero de una eficacia civilizadora mucho más radical y profunda de lo que imagina la vulgaridad.

Era D. Crisanto un cultivador de la ironía; y nunca puso en ella, ni aún en el enardecimiento de la polémica, ni aún repeliendo el ataque personal, una gota de veneno. La benignidad de su ironía brotaba de la superior cultura de su gusto, pero brotaba también de una fuente más honda; brotaba de la bondad del corazón.

Tenía el supremo don de admirar. Y admiraba sin restricciones, sin reservas, con la efusión generosa de su entusiasmo siempre pronto a fluir en raudales de elogio, donde la benevolencia infinita no era obstáculo para que se transparentase la delicadeza de su juicio. La virtud de estímulo y animación que ejerció con

a muchísimos, alentó: no puso estorbos a nadie. En la gratitud personal que yo le debo interpreto la de mi generación y la de los que han venido después de ella. Muchos de los que con orgullo ostentamos el título de Veterinario, le debemos un estímulo, todos le debemos una esperanza, todos le debemos una parte de nuestro nombre profesional y de nuestra consagración.

Su personalidad, por ser de difícil comprensión y presentar sombras crepusculares y contradicciones, ha sido fuertemente oscurecida por la de otros profesionales, más robustos y fogosos, más oportunistas. De su vida privada hay poco interesante que comunicar: una persona de existencia silenciosa e incesante trabajo pro-



D. Crisanto con un grupo de alumnos de la Escuela de Veterinaria de León (1931)

su conducta, en nuestro medio profesional es inmensa. Si entonar las voluntades indecisas y fortalecer las esperanzas de los que empiezan, es una forma de hacer bien —¿y quién puede dudar que lo sea?— la conducta de Sáenz de la Calzada fue una gran obra de bien. A muchos,

porciona rara vez una brillante biografía. Pero hasta su auténtica acción ha quedado soterrada y oculta en la conciencia del tiempo presente. Clara y brevemente, ello hace que Sáenz de la Calzada, el gran olvidado, sea todavía hoy, y precisamente hoy, de tanto valor para nosotros.

Entre los profesionales de entonces, fue uno de los primeros veterinarios conscientes, defensor del ideal humanístico y profesional, benévolo para lo mundano y lo espiritual. Y como, además, fue vencido en su lucha por lograr una forma más justa y comprensiva para nuestro mundo profesional, éste su destino lo liga aún más íntimamente con nuestra fraternal sensibilidad.

En 1950, con ocasión de celebrar las bodas de plata las promociones de 1922 a 1925, D. Crisanto asistió y acompañó en todos sus actos a los que 25 años antes fueron alumnos suyos. Eran momentos en que todavía la pasión política no dejaba manifestarse a los sancionados y mantenía su efervescencia. Sáenz de la Calzada no hacía mucho que reanudaba su actividad profesional en la Facultad de Veterinaria de León y lo hizo con gran discreción y las heridas del desengaño político apenas cicatrizadas.

D. Crisanto Sáenz de la Calzada amó muchas cosas que son hoy queridas por nosotros, y entre todas ellas, y sin hacer diferencias, el conjunto de la profesión, para el logro de una Veterinaria de la mayor altura. Y sólo una cosa odió de verdad, como antagónica de la razón: el fanatismo. Siendo él mismo el menos fanático de todos, un espíritu acaso no de suprema categoría, pero de horizonte dilatado; un corazón de proba benevolencia, veía en toda forma de intolerancia de opiniones el pecado original de nuestro mundo profesional. Como hombre justo, auténtico y sin prejuicios, comprendió y compadeció hasta a sus más encarnizados enemigos (y ya es suponer que los tuviera). Pero en lo más profundo, siempre supo que el fanatismo había de destrozar su propio mundo benigno y su existencia.

Pues comprender, y comprender cada vez mejor, era el verdadero placer de este notable veterinario. En un sentido estricto, acaso no se pueda calificar a Sáenz de la Calzada de profesional profundo; no pertenece a los que piensan las cosas hasta el fin, a los grandes reformadores profesionales, que en aquella época fueron tan necesarios; sus verdades no son en realidad más que claridad. Extender la claridad y la veracidad era para él una función natural. Pero si no profundo, poseía un espíritu extraordinariamente amplio; si no era un pensador

hondo, pensaba, en cambio, recta, clara y libremente.

En todo lo moderado y sencillo escóndese el peligro de la superficialidad y estrechez filisteas. A quienes intentan copiar su conducta les faltará siempre el grano de sal ática, aquella soberana superioridad que hacían tan entretenidos y sabrosos todos sus diálogos. En D. Crisanto siempre se equilibraba un alegre humor burlesco con la gravedad del catedrático; era lo bastante fuerte para poder jugar con sus fuerzas espirituales y, ante todo, era propia suya una agudeza centelleante sin ser maliciosa, cáustica y no malévola.

ACTUACION POLITICA

Hemos hecho mención de los cargos representativos a que le llevó la política. De pasada nos hemos también referido a su apolitismo, mejor dicho, a su poco interés por la política, tal y como se entiende la política en España. Sus condiciones personales le impedían actuar activamente. Sólo su simpatía, su bondad y su competencia le llevaron a desempeñar la Dirección General de Ganadería y la Subsecretaría de Agricultura.

En la vida real, verdadera, en el radio de acción de la política, determinar rara vez —y estoy hoy que decirlo como advertencia ante toda fe política— las figuras superiores, los hombres de puras ideas, no es cosa fácil; la verdadera eficacia está en manos de otros hombres inferiores, aunque más hábiles, en las figuras de segundo término. En el juego inseguro y a veces insolente de la política, a la que las profesiones confían aún crédulamente su porvenir, no vencen los hombres de clarividencia moral, de convicciones inquebrantables, sino que siempre son derrotados por esos jugadores profesionales, de manos ligeras, de palabras vanas y nervios fríos.

Pero, en épocas políticas, mantenerse aparte y en un todo imparcial es muy difícil.

¡Quién no recuerda, si tiene alma un tanto levantada sobre el vulgo, y si alguna vez ha participado de esa actividad, en su habitual manifestación de los partidos políticos, quién no recuerda, las torturas de la adaptación. la re-

sistencia de su personalidad a las uniformidades de la disciplina; aquella angustia intelectual que produce la imposibilidad de graduar y depurar las ideas en la expresión grosera de las fórmulas inteligibles para los más; las repugnancias del contacto forzoso con lo torpe, con lo servil...!

Y, sin embargo, esas y otras organizaciones colectivas, a las que se tiene por nervio de lo democrático, son fatales necesidades de la acción. No pudiendo pensar en suprimirlas, aspiraremos, en lo posible, a mejorarlas, a educarlas.

En sus escarceos políticos, es lo que pretendió Sáenz de la Calzada. Denunció la sinrazón de los impulsos fanáticos y la vanidad de las convicciones absolutas: protestó contra repulsivas glorificaciones del egoísmo, quiere desarraigar y sustituir tanto prestigio menguado y tanta vergonzosa autoridad como han recogido de botín, en los saqueos del desorden, la medianía insolente o la caprichosa fortuna. Quiere, en fin, emancipar las conciencias capaces de libertad, del yugo de los dogmas que tenemos por falsos y tiránicos. Y quiere hacerlo por los medios de la razón y de la simpatía. Y, naturalmente, y tristemente, fracasa. Y es que las generaciones nuevas llegaban educadas bajo el dominio y con el carácter de nuestro positivismo. El positivismo que es la piedra angular de nuestra formación intelectual, no es ya la cúpula que la remata y corona; y así como, en la esfera de la especulación, reivindicamos, contra los muros insalvables de la indagación positivista, la permanencia indómita de encararse con lo fundamental y auténtico que envuelve a la criatura humana, así, en la esfera de la vida y en el criterio de sus actividades tendemos a restituir a las ideas, como norma y objeto de nuestros propósitos, muchos de los fueros de la soberanía que les arrebatara el desbordado empuje de la utilidad. Sólo que nuestro idealismo no se parece al idealismo de entonces, los espiritualistas, los románticos, los revolucionarios y utopistas profesionales de los años 1915 a 1930. Se interpone, entre ambos caracteres de idealidad, el positivismo actual.

Toda una época me parece que despierta hoy y se reanima como una evocación que transfigura de súbito nuestro ambiente profesional

adormecido, llenándolo de resplandores; toda una época con sus ideas y sus pasiones, sus rudezas y sus ensueños. Si volvieran a la vida D. Crisanto Sáenz de la Calzada y su generación, verían como se había renovado la fisonomía moral y material de su profesión. La desorientación y el asombro serían evidentes. Echarían de menos la norma de tanto valor, tanto esfuerzo y tanta abnegación sublime. Si descendieran al fondo de las ideas actuales, no se sentirían, ciertamente, menos desorientados.

Pero lo que perpetúa, a través de tantos cambios, la oportunidad de homenajes como este recuerdo; lo que preserva en el tiempo la continuidad solidaria de las generaciones; lo que debe decirse para honor de estos hombres, es que todos los criterios, todas las doctrinas, que con predominante y duradero influjo se han sucedido en la profesión, arriban en definitiva a una misma conclusión, cuando se trata de fijar merecimientos. Y es que sólo los hombres que han sido virtud, carácter, inteligencia, merecen el homenaje de las profesiones y el recuerdo de la posteridad.

El que esto escribe —y hablo por experiencia— se siente hoy empequeñecido y acobardado ante el recuerdo de la autoridad y la cordialidad inteligente del original, y ha querido ceñirse a la exactitud del pensamiento, sin tomarse las holguras indispensables para la flexibilidad del propio estilo.

He de terminar, sobreponiéndome a la atracción de un tema para mi gratísimo; pero no será sin antes insistir acerca de la alta oportunidad con que se autoriza, en este silencio del olvido que parece ser la póstuma condenación de nuestras personalidades más puras, toda palabra encaminada a su reparación.

Entre nosotros, merecen ser honradas las generaciones que han precedido a las que tienen la representación oscura del presente, no sólo a nombre de aquella solidaridad histórica inquebrantable, sino también por un claro derecho de superioridad. El interés del porvenir profesional exige, cuando se trate de estas personalidades, un homenaje que sea, a la vez, inspiración de fecundas enseñanzas, y nos lleve a familiarizarnos con los ejemplos de su acción y las confidencias de su espíritu.

La admiración que sentimos por D. Crisanto Sáenz de la Calzada, nuestro Maestro, está mezclada de afecto y agradecimiento. Y aunque nada más extraño, ciertamente, a su naturaleza intelectual que las líneas rígidas y austeras del apóstol, bien puede decirse que sin proponérselo, ejerció un verdadero apostolado; el apostolado de la tolerancia, de la benevolencia y de la delicadeza, dones supremos de la civilización.

D. Crisanto Sáenz de la Calzada, Maestro: no podemos ofrecerles nada para vuestra gloria, porque vuestra gloria está completa. Pero os ofrecemos, de lo íntimo de nuestro corazón, algo más suave y sencillo que la gloria: la simpatía, la simpatía que quedará como huella indisipable de vuestra existencia, en la memoria de una profesión que marcha al porvenir con la aspiración de ennoblecerse por la virtud del trabajo y por el culto de la Ciencia y la Verdad.

